

Ramón J. Sender

Viaje a la aldea del crimen

(Documental de Casas Viejas)

Introducción de José María Salguero Rodríguez

—En el pueblo.

¡Bah! Eso era absurdo. Al ver que no les comprendíamos, los guardias añadieron:

—Quizá no es conveniente que hablen ustedes como hablan.

Seguíamos sin comprender. El guardia añadió:

—Dense ustedes cuenta de que el pueblo está muy excitado, y si ahora van diciendo que se han cometido con ellos tantos crímenes...

Nadie había hablado así. Ya digo que nos abstuvimos de hacer comentarios, entre otras razones, porque una estrategia elemental obliga a conducirse con pies de plomo cuando se está en el campo del enemigo, en aquel campamento feudal. Yo comprendí que los propietarios comenzaban a desplegar sus agucias y que querían presentarnos combate franco.

—Eso se lo han dicho a ustedes los terratenientes; pero es mentira. Podemos pensar lo que queramos; pero nos abstenemos de hablar cuando es inútil o contraproducente.

—Hombre, —vacilaban los guardias.

Había uno corpulento que hacía gestos de impaciencia. De pronto, nos preguntó:

—¿Están ustedes autorizados para hacer información? ¿Llevan el permiso de la Dirección de Seguridad?

Seguían insistiendo en que el ambiente en el pueblo se enrarecía. Tomaron nota de mi cédula. Un guardia insistió:

—Si van ustedes diciendo esas cosas... es natural.

Aunque lo hubiéramos dicho, no se hubiera sorprendido nadie. Eso lo pensaban todos los campesinos. Los caciques quisieron echarnos encima a la Guardia civil y les fueron con ese cuento. No lo consiguieron. Los sucesos estaban demasiado recientes y el «triunfo» era demasiado terminante para que la Guardia civil —a la que no iba enderezada directamente la responsabilidad— se preocupara mucho de nosotros. Eso les falló, de momento, a los terratenientes.

En la posada.—Segunda parte de la ofensiva.

Otra vez en la planta baja de la posada, fuimos rodeados por los campesinos. Seguimos hablando y anotando. Lo fundamental lo sabíamos ya y lo habíamos podido comprobar. Lo que nos decían ahora eran detalles complementarios que servirían para dar un carácter literario documental a las informaciones. Continuábamos en amigable charla. Ninguno de los que quedaban en el pueblo era campesino sindicado ni rebelde. Los que no murieron ni fueron a dar en la cárcel —el número de estos últimos ascendía ya al centenar— estaban en el campo todavía. Pero, naturalmente, había muchos hermanos, primos, hijos de las víctimas. Los «dolientes». Con un aire sombrío nos daban detalles, rectificaban el dato que nos facilitaba otro e insistían con verdadero entusiasmo, todos ellos, en que la familia de «Seisdedos» era «la más honra del pueblo». Podíamos haberles dicho a aquellos hombres lo que ellos ya sabían: que se habían cometido crímenes terribles, sin que nadie se sobresaltara. Al decir a uno de ellos lo que ocurría con la Guardia civil, confirmaron nuestra impresión:

—Son los propietarios.

Pero en aquel momento, unos mozalbetes, parientes de los caciques, y al frente de ellos el hijo del más caracterizado, comenzaron a dar voces en la puerta:

—¡Son los que dieron la orden pa que asesinaran ar pueblo!

Los que nos rodeaban se volvieron extrañados, y no se atrevieron a contradecir a los amos. Yo no había oído bien. Avanzamos, preguntando con el gesto:

—¿Qué es eso? ¿Qué quieren?

Oímos frases sueltas en el tumulto: «Echar del pueblo.» «Cabeza.» «Sangre.» Al frente seguía el hijo del propietario señor Pina. Repitieron la frase:

—¡Son los que dieron la orden pa que asesinaran ar pueblo!

Aquello era absurdo. Alguno nos dijo al día siguiente que habían tratado de convencer al pueblo de que éramos los responsables de la matanza. Comprendimos que la ofensiva de los caciques seguía creciendo y que no cejarían mientras pudieran intentar algo. Avancé hacia el grupo:

—Pasad aquí y vamos a hablar cara a cara. Os están engañando.

No los engañaba nadie. Eran los interesados. Sabían lo que hacían.

En lugar de pasar retrocedieron y buscaron el contacto con algunos grupos de curiosos que había en la plaza.

La Guardia civil nos ruega que salgamos del pueblo.

Aquella situación era tan ilógica, que no podía prosperar. Y no prosperó mucho tiempo. Pero la expectación y los grupos seguían en la plaza. Había una atmósfera irritada. Menos mal que habíamos terminado ya con plena satisfacción nuestra tarea de indagar y teníamos los cuadernos llenos de notas y la conciencia de evidencias.

Cuando aquella versión se deshizo sola, los terratenientes monárquicos lanzaron otra. Desde que anocheció hasta la madrugada, los propietarios no descansaron un segundo. El ánimo de los que habían quedado en el pueblo, sacudido por las terribles impresiones de los sucesos y abrumado por el pánico, con la sensación de la omnipotencia de los terratenientes y las autoridades, a los que la mayor parte temían contrariar, era el más a propósito para que prosperara cualquier absurdo. Decían que el día anterior á los sucesos nos habían visto en el pueblo, que habíamos engañado a los campesinos, diciéndoles que toda España estaba sublevada y en armas. Que los responsables de todo éramos, en suma, nosotros. Nos atribuían caprichosamente, en forma verdaderamente estúpida, una ideología especial inventada por su ignorancia y su miedo. Había que evitar que habláramos, coaccionándonos como fuese. En último extremo sería para ellos un éxito político formidable y un descargo de conciencia ante la opinión si podían decir: «El pueblo ha reaccionado por sí solo contra los responsables.» Si el crimen sólo existe en cuanto se descubre y conoce, es natural que nosotros lo íbamos a revelar, y que, por tanto, éramos los responsables.

Lo cierto es que a las diez y media la Guardia civil nos obligó a salir de la plaza, donde intentábamos explicar al pueblo la maniobra de los caciques, y nos indicó que lo más conveniente sería que nos marcháramos.

—Claro está —añadió el sargento— que si ustedes quieren quedarse a todo trance un día más o dos, nosotros nos ponemos a sus órdenes.

Quizá eso de que la Guardia civil se nos ofreciera entraba en los planes de los caciques. No podía ser más absurdo todo aquello. Nos negamos terminantemente, y pensando en nuestros cuadernos repletos de notas y en la imprudencia que representaba meterse en el campo enemigo después de una batalla y de veintitantas ejecuciones, optamos por marcharnos.

No hay quien nos lleve, y nos quedamos a dormir —y dormimos perfectamente— en la posada.

El coche correo no se atreve a salir de noche. Lleva impactos, cristales rotos a balazos. El chófer, un hombre gordo y pacífico, tiene mujer e hijos. Suplica. Hay otro *auto* y otro chófer; pero ante la perspectiva de tener que salir de noche al campo, se pone enfermo. Teme al pueblo, por un lado, y por otro, a las sombras de la carretera.

—Ya ven ustedes —decimos a los guardias— que no es posible marchar.

Estamos en la puerta de la posada. Se acercan unos grupos. Siguen los hijos de los terratenientes, los incondicionales del duque y los adláteres de esos incondicionales, obstinados en evitar que digamos lo que hemos visto y lo que hemos oído.

—Hagan el favor—dicen los guardias, haciéndoles retroceder.

Se van y se unen a otros grupos, en los que hay algunos campesinos. Les hablan. Salen rumores y voces. Vamos a contestarles, avanzando, y los guardias nos lo impiden y nos obligan a meternos en la posada. Bueno. Cenamos y nos acostamos. Abajo hay voces y rumores. Nos hemos negado terminantemente a que en la puerta de la fonda haya vigilancia. No la hay. Los campesinos siguen entrando y saliendo en la taberna de la planta baja. Alguien nos dice que los campesinos no tienen armas.

¡Bah! Los campesinos tienen un instinto certero, y todas las excitaciones serían inútiles después de haber hablado con nosotros.

De eso estamos bien seguros. Los que tienen armas son los propietarios. También estamos seguros de que si pudieran evitar que saliéramos del pueblo lo harían.

Sería un éxito poder decir después el embuste que les había de redimir de una gran parte de la responsabilidad: «Las masas han reaccionado por sí solas, y...»

Nos acostamos sin desnudarnos. Siguen los rumores y las voces. Los terratenientes han conseguido arrastrar a todo el sector neutral, a ese que ni es obrero ni propietario y a quien desdeñan el propietario y el obrero. En la pronunciación y en el firme pisar —con sonar de suela y tacón— se advierte, a través de la ventana cerrada, que siguen maniobrando los señoritos.

—No hay cuidado —advertimos—. La Guardia civil hablará seguramente con el gobernador por teléfono para ver qué clase de pájaros somos, y al ver que se podría armar un nuevo escándalo y agravar su situación, los terratenientes amainarán.

Así sucedió. Los propietarios intentaron que sus incondicionales nos lincharan. De todas formas, el único peligro serio que corrimos en la posada fue el de ser devorados por las pulgas. Salimos indemnes, y ahí han quedado esas notas y esas evidencias de Casas Viejas.

No hubiéramos escrito estas últimas líneas de muy buena gana. Entre otras razones, porque no tuvo el incidente importancia ni gravedad. La maniobra estuvo clara desde el primer momento. Pero algunos periódicos burgueses hablaron de él, ajustándolo a sus deseos, con la intención de sacar el mayor partido posible de la fracasada maniobra de los terratenientes de Casas Viejas.

Diálogo con «María Mármol» al volver a Medina Sidonia.

En una esquina de la calle principal seguía «María Mármol» serena en su sueño de siglos. La calle —blanco y verde— acaba en montaña, pero tiene la armonía suave y el aire azul y fluido de las calles que dan al mar. No hemos visto nunca juntas tanta belleza y tanto dolor. Ni una belleza tan interesada en ocultar y disimular lo dramático. «María Mármol» está incrustada en la esquina trunca de una iglesia, sobre una columna de piedra. Nació mucho antes que el catolicismo. Conoció otros templos, otras columnas. Antes de que las muchachas de esta generación la llamaran «María Mármol», ha debido tener nombres fenicios, griegos, romanos. Puede ser, en esa serenidad rígida y en lo arbitrario de sus proporciones, un símbolo cualquiera. Está por encima del dolor, de la justicia, de la gloria y de la misma inmortalidad. Puede ser, sin embargo, cualquiera de esas frívolas cosas para un viajero impresionable. Nos habla de los hechos que todavía estremecen a la ciudad:

—Con los fenicios, con los griegos y los romanos, estos hombres tenían la tierra. Todo lo que llegaba por el Mediterráneo les era propicio, porque el Mediterráneo son ellos mismos. Pero del Norte vinieron el Estado, la ley y la Iglesia. Todavía durante varios siglos les salvó el hermano de África, que les dejaba la tierra, el sol y el tiempo. Largos ocios que aquí son indispensables, porque éste es uno de los pocos lugares del mundo donde sentirse vivir es una delicia. Pero los hermanos de África fueron

arrojados de aquí. Entonces fue cuando el Estado, la ley y la Iglesia quedaron verdaderamente constituidos e hicieron sentir su peso. Poco después se deslindaban las tierras que fueron de todos y les ponían alambres alrededor. Benalup se declaró por Medina-Coeli, por la ciudad —Estado, ley— y el cielo —religión—. En el nombre mismo —Medinaceli— se mezcla una palabra árabe con otra latina. Y la espada era de Toledo, pero la manejaba algún visigodo pariente quizá del *Gut-mann* —hombre bueno— de Tarifa. Desde entonces se suceden las generaciones en esta esquina, cara al Mediterráneo, legándose el hambre y la desesperación. Hasta hace un siglo era posible la aventura. Estos hombres echados de la tierra salían al mar, abordaban barcos y se internaban en las faldas de la serranía con el botín. Desde hace un siglo eso es imposible. Los hombres que se han lanzado a reconquistar la tierra, organizados en clan, con el viejo «Seisdedos» presidiendo una democracia de hermandad y trabajo, son la cuarta generación que vive en Ronda al margen de la tierra y de las aventuras del mar. En su solera rebelde llevan hambre de tres generaciones anteriores. Eso es todo. Cuando la tierra sea suya...

—¿Lo será?

—Claro que sí. Lo ha sido siempre. Esto de ahora —de hace seis siglos— es anómalo. No puede sostenerse un equilibrio tan falso. Cuando las tierras sean tuyas verás cómo vuelve esa armonía y esa serenidad que represento yo y que ahora tú encuentras tan fuera de lugar. Y no tardará. ¿No ves cómo los odios se han enconado, cómo las distancias y las diferencias han aumentado y hasta qué extremo la ley, el Estado y la Iglesia, desconociendo estas tierras y estos hombres, se han cebado en su sangre y han dejado ya en una posición irreconciliable, de lucha, esos dos conceptos de Benalup y Medinaceli? Planteadas así las cosas, ¿quién puede dudar de que la cuarta generación de hambrientos pegados a la tierra, que son la tierra misma, ha de triunfar?

Desde la esquina de la iglesia encalada, «María Mármol» ve pasar a las muchachas de quince años con la cantarilla en el anca, alegres, a pesar de todo. En esa alegría hay también una serenidad y una certidumbre oculta y firme, como la misma tierra de abajo, la tierra fértil que aún no ha sido volcada a la luz por el arado. Pero que allí está muy segura en su esperanza.

De la cárcel a la alcazaba.—La cárcel.— El vino y la «disciplina».

Las casas de los propietarios, de los funcionarios, de los administradores, son pequeñas jaulas de lujo, todo cristal, hierros pintados de verde claro, cenefa de tiestos en la azotea. El sol enciende los cristales por la mañana y no cesa ya la lumbrarada en el mirador ochavado o en la ventana hasta el atardecer. Dentro se abren al cielo esas jaulas en un patizuelo rodeado de columnas. Puertas de cristal, galería encristalada arriba. Y el verde asomando en racimos o trepando para esconderse en la última curva, sobre el blanco immaculado. De la tragedia de Casas Viejas llegan aquí solamente dos de sus consecuencias inmediatas: la política—radicales, socialistas, Acción Republicana— y la consecuencia jurídica en blancos folios sellados. Pero en lo político quedan fuera y al margen las dos fuerzas en pugna, Al margen será la pugna resuelta en un juego elemental de energías; señores feudales y esclavos. En cuanto a lo jurídico, eso es ya funcionarismo seco y estéril, qué nada tiene que ver, en los días siguientes a los sucesos, con el hambre de los campesinos sin tierra. La posición humana del funcionario ante los folios y ante el detenido que declara sería algo impertinente e incongruente.

—Tenían hambre mis hijos, mi mujer. Yo mismo —podía decir el declarante.

—Bien—pensaría el juez—. Es duro eso. También yo la tendría si no comiera. Para comer hice unas oposiciones a judicatura. Para que sigan convocando oposiciones debe haber quien tenga hambre y robe, quien tenga hijos hambrientos y se subleve.

Podría recomendarle al detenido que hiciera oposiciones a judicatura; pero después de meditar un poco dicta con desgana al secretario:

—Compareció y dijo: Primero...

El secretario está en el mismo caso que el juez. Pero, además, tiene muy buena letra. Los dos viven en unas jaulas de cristal y hierro pintado de verde claro.

Hada la plaza siguen las viviendas de los funcionarios. Pasada la casa municipal, hacia la derecha, hay unas calles con altos muros encalados. De tarde en tarde, una puertecilla. Algún ventanuco por arriba, sin cristales. El barrio tiene un aire de alcazaba mora. Son viviendas que no vierten a la calle, sino al interior. Entrar en una de ellas es fácil. La puerta está entornada o abierta. A veces no hay tal puerta. Sé cuela uno por un pasadizo lóbrego que va a dar en un ancho corral. Allí vierten galerías y ventanas. La miseria —piensan los dueños de estas casas— no debe tener ventanas a la calle en una ciudad tan limpia y tan armoniosa. Viven treinta o cuarenta familias como pueden. Cada una da a la vecina o a la de enfrente el espectáculo de su miseria. Por fuera, la alcazaba sigue. Enormes muros que cogen toda una calle, con uno o dos agujeros sin cristal ni maderas. Así vive la gran mayoría de la población. Las jaulas dan una impresión de libertad humana a la medida, muelle y confortable; las alcazabas —viviendas de paso por los desahucios o el forzado nomadismo del jornalero— son verdaderas prisiones, con su régimen celular y sus patios sombríos en el interior. Si van a otro pueblo maravilloso, a Alcalá de los Gazules, encontrarán otra alcazaba miserable, que no se diferenciará nada de ésta. Y siempre alcazaba—mala posada en el desierto—, nunca *casa* ni *hogar*.

En ese mismo barrio hay otro edificio mucho más confortable que las alcazabas, aunque no consiga salir del marco de lo miserable: la cárcel. En el portal hay un hombre uniformado, con una llave en el cinto. Tiene unos bigotes lacios y una nariz colorada, como los guardias de los sainetes. Huele a vino. Queremos ver a unos detenidos; pero no hay manera. Están apercebidos en el pueblo, y en todos nuestros pasos llevamos detrás, a una distancia discreta, dos guardias civiles. Es necesario tomar medidas para hablar con un obrero o campesino, porque si nos ven los guardias van luego por él y lo detienen. Saben que queremos visitar a los presos, y han dado órdenes para que no nos sea posible.

—¿Pero están incomunicados?—pregunto.

—No, señor. Eso, no.

—Entonces habrá señalada una hora para recibir visitas.

—Hombre, sí no es con un escrito del juez...

El caso es que el juez se disculpaba con «la jurisdicción militar», ésta con «lo gubernativo», y el alcalde con los otros dos. Ni el juez, ni el teniente coronel, ni el alcalde, querían que habláramos con los presos. No convenía al «orden ni a la paz social». En cuanto al carcelero, ¿qué razones tendría para prohibirnos la entrada? Le indicamos que se lo agradeceríamos, haciendo sonar unos duros en el bolsillo. Atendió bien; pero haciendo un esfuerzo de voluntad siguió negando. Con el pretexto de sacar una tarjeta le enseñamos un billete de cincuenta pesetas. Se retorció las manos. Miraba a otro lado, para decir heroicamente:

—No, señor. Er señó directó ha dicho que no entre nadie, y la disciplina e sagrá.

—Bueno, hombre, bueno.

Nos fuimos. Los guardias nos esperaban en la esquina.

«Er señó directó y la disciplina».—Declaración de María Silva, «La Libertaria».

María Silva Cruz, de dieciséis años: A su padre, Juan Silva, lo sacaron de su casa, lo soltaron y al poco rato lo volvieron a detener, llevándolo al corralito del "Seisdedos", donde murió. Dice que el día 11, al anochecer, fue a casa de su abuelito, "Seisdedos", que estaba enfermo, y a quien ella asistía a diario. Su abuelo estaba solo, y cuando estaba con él entraron varios del pueblo. Ella se retiró a un rincón al oír tiros de dentro de la choza, y añade que reconoció, por las voces, porque no había luz, a los que estaban dentro de la choza de su abuelo el "Seisdedos", que eran: su abuelo, Francisco Cruz; su tío, Pedro Cruz Jiménez; Jerónimo Silva González, Francisco García Franco, Josefa Franco, Manuel García Franco, de trece años;

Manuela Lago y la declarante. Sin luz en la choza, vio que empujaban la puerta y pudo ver que un hombre caía al suelo después de una descarga. Conoció después que era el Quijada y que iba esposado. Manifiesta la declarante que, horrorizada por el tiroteo de uno y otro lado, salió por el corralito y que luego dicen que salió su primo. Manifiesta que al salir ella oyó grandes disparos y que aún no sabe cómo pudo salir con vida.»

Relata la muerte de otros parientes suyos en la forma que ha quedado ya descrita, y añade: «El día 12, muchas mujeres y niños se fueron al monte, donde estuvieron hasta el día 14, volviendo al pueblo porque les habían manifestado que los guardias de asalto iban a bombardear el campo. La Guardia civil la detuvo, llevándola a Medina Sidonia, de donde salió a los dos o tres días.

»Volvieron a detenerla, llevándola nuevamente a Medina, estando enferma con calentura. Manifiesta que estando en la cama en la cárcel, el jefe, D. Andrés Barroso, se insinuaba amorosamente con ella, tocándola la mano insistentemente al darle el socorro y pretendiendo acariciarla, cosa que ella rechazó indignada, y que cuando se levantó, el jefe Sr. Barroso pretendió que se apoyaría en su brazo para ayudarla a andar, y ella le dijo que sabía andar perfectamente sola. Dice que jamás la han llamado "la Libertaria" hasta el día de los sucesos, y este nombre se lo puso la guardia de asalto.»

El director no dejaba hablar a los presos con gente de fuera. En aquellos días, María Silva estaba en la cama, enferma. El director había dado órdenes terminantes al guardián, que repetía suspirando ante nuestras promesas:

—La «disciplina, señor».

En Sevilla.—Un señorito malasombra.—Los bandidos.

Volvimos a Sevilla en el autobús de línea. Nos hospedamos en una fonda de una calle céntrica e historiada, donde nos encontramos con un amigo que estudió con nosotros en Madrid. Hacía tiempo que no nos habíamos visto. Charlamos mucho. Las noticias que yo le di de Casas Viejas no le extrañaron. — Es natural —decía a todo.

Como yo le preguntara por qué encontraba aquello tan natural, me dijo que los terratenientes de Andalucía estaban en una situación de ánimo sobresaltada y medrosa, y que lograban transmitir su pánico a las fuerzas encargadas de la represión. El pánico se manifestaba en esas monstruosidades.

—Todo el campo andaluz —nos decía— está en guerra. Y en todas las guerras pasa lo que acaba de ocurrir en Casas Viejas.

Lo que no esperaba es que nos hubieran dejado entrar en el pueblo e informarnos. Y una vez dentro, que nos hubieran dejado salir.

—Habéis salvado la piel de milagro—añadía, mirándonos como a auténticos héroes.

Yo le dije que los terratenientes le habían contagiado el sobresalto. Contestó:

—Puede ser.

Y añadí, que si queríamos conocer a algunos hijos de terratenientes andaluces nos los presentaría a la noche. Efectivamente, después de cenar fuimos a la trastienda de un bar, colgada de cabezas de toros, cuernos y albardas. Tenía el aspecto de un patio de cortijo. Allí nos presentaron a unos muchachos cuya primera impresión era franca y amable. Hablamos, y al poco tiempo esa impresión fue variando. Había uno, sobre todo, sonrosado, fácil al sonrojo, charlador nervioso y vivaz, que daba una impresión de pederasta muy subida. Recordábamos aquellas frases de Quevedo, cuando dan consejos al Buscón en Sevilla, y son consejos para prevenirse contra la obsesión de lo sexual anómalo, que, por lo visto, padecían en el siglo XVII la mayor parte de los sevillanos ociosos. Pero, quizá con razón, a juzgar por la Sevilla desocupada y trasnochadora de hoy.

Ese mozuelo quería tener gracia a todo trance, y la gracia consistía en una especie de toreo bufo con los conceptos de un mal gusto y de una falta de agudeza capaz de producir neuralgias. Además, contaba

cuentos ya sabidos en los que siempre había algo repugnante y triste. Mi amigo no habló, naturalmente, de Casas Viejas. Pero como el campo seguía agitado, hablaron ellos, en general, de los campesinos. Trataban de desdeñarlos pero a una legua se veía el miedo en su desdén. Un hombre ya maduro, me decía:

—¡Son unos vagos!

Yo miraba a los reunidos. Ninguno de ellos hacía en la vida sino trasegar manzanilla y pasear por la calle de la Sierpe.

—¿Cree usted que quieren la tierra para trabajar? Eso es un cuento.

Frotaba el índice con el pulgar, levantando la mano; hacía un ruidillo con la garganta —no he podido averiguar con qué fin— y decía:

—Dinero es lo que quieren.

Siguieron acusándolos de todos los vicios imaginables. Yo los miraba y veía que iban buscándolos dentro de sí mismos antes de proyectarlos sobre sus enemigos. Porque, eso sí. El andaluz tiene cierta finura para establecer en cada caso cuál es su posición moral con el que tiene enfrente. No siguen, como la mayoría de los mortales, una línea segura e invariable que responda a razones de conciencia y de biología. Su línea es sinuosa. Hay una especie de coquetería moral. Como las mujeres, piensan: «¿Qué es lo que más le gusta a este ser que está tratando de sondearme?» Y ofrecen precisamente lo que el otro busca. Si no lo tienen, lo inventan. Claro, que todo esto da una impresión bastante falsa. Cuando tienen ingenio agradan con una especie de agrado femenino. Cuando no lo tienen, todo es espeso, agobiador, lento.

Bebimos unas cañas y nos fuimos. Salía con sueño y aburrimiento. Pero no perdí del todo el tiempo, porque ya de pie y tomando otro vaso de vino en el mostrador —nos convidaba el dueño—, hablamos del bandolerismo. El dueño se refería a los bandoleros más famosos, como si vivieran hoy todavía, y con una especie de respeto romántico que me gustó.

Pero eso no fue lo mejor. Al ver que el tema me interesaba, me dijo que conservaba el folletín completo de *El Liberal*, del año 1929, donde por primera vez se había publicado el diario de un individuo que vivió desde fines del siglo XVIII a mediados del XIX. Ese individuo anotaba cada día los hechos sensacionales que se referían a los bandoleros.

Dimos por bien empleado el habernos quedado un día en Sevilla, aunque teníamos grandes deseos de llegar a Madrid. El dueño del bar me dio un fajo de recortes de Prensa. Yo me fui muy contento a la fonda. Seguimos hablando, con mi amigo, de lo de Casas Viejas.

—Es igual que en toda Andalucía.

—Pues no hay quien lo arregle, con este régimen.

Mi amigo se encogió de hombros y dijo con cierto fatalismo:

—Naturalmente.

Dos recortes de «El Liberal», que pueden ser todo lo elocuentes que se quiera.

Aquella misma noche me leí casi toda la colección. Comenzaba con unas líneas de la Redacción y seguía con la ejecución de Diego Corrientes:

«En la hidalga casa del abogado sevillano D. Joaquín de Palacios Cárdenas hemos hallado los cuadernos manuscritos de cierto R. C. de la B., anotando durante más de cuarenta años, casi día por día, sucesos memorables de la ilustre ciudad, que casi siempre se refieren a riadas, pestes y ejecuciones.

»De ellos tomamos la anotación siguiente:

"En 30 de marzo de 1781 fue arrastrado, ahorcado y descuartizado, cuyos cuartos se pusieron en los caminos y la cabeza, metida en una jaula, se puso en la venta de La Alcantarilla, el famoso bandido,

ladrón de caballos padres y salteador de caminos Diego Corrientes, vecino de Utrera. Por los grandes delitos que cometía fue pregonado por tres veces, ofreciendo grandes premios al que lo entregase vivo o muerto. Habiéndose retirado a Portugal, fue extraído de dicho reino y conducido a la cárcel de esta ciudad el día 25 de dicho mes y año y el 26 y 27 se le tomaron las declaraciones; pero como la causa estaba sustanciada en rebeldía, el siguiente día 28 se le puso en capilla y se le quitó la vida dicho día 30; el cual murió ejemplarmente, de edad de veinticinco años, no cumplidos.

»Se advirtieron en este reo las circunstancias siguientes:

1.^a Que un amigo suyo que lo acompañaba dio aviso para que lo prendieran, diciendo dónde estaba y acompañando a los que lo prendieron.

2.^a Que fue preso en un huerto, en donde estaba descansando, sin armas y descuidado.

3.^a Que entró en domingo en esta ciudad.

4.^a Que fue afrentado.

5.^a Que fue ajusticiado en viernes de marzo.

Nota.—No hizo muerte ninguna."

»El atrevido paralelo del proceso de Diego Comentes con la Pasión de Nuestro Señor, hubiera podido valer a R. G. de la B., un proceso de Inquisición.

»Pero nadie lo supo entonces, y ahora por vez primera se publica.

»Y la trágica cabeza, con la horrible mueca que descompuso la cara juvenil y enérgica, fue a parar a la venta de La Alcantarilla, a la vista del lugar donde D. Francisco de Bruna sufrió el ultraje de atar la bota del pie izquierdo del bandido.»

Diego Corrientes tenía una aspiración muy particular: trataba de equilibrar la sociedad expropiando a los ricos y entregando sus riquezas a los pobres. Como los libertarios de Casas Viejas, quiso eludir la sangre. Lo consiguió por su habilidad para la coartada.

Más adelante vimos esta otra descripción de la prisión y muerte de un aristócrata. Éste fue apresado con una cuadrilla de auténticos forajidos y criminales, llamada «Los Berracos»:

«Hallándose infestada la provincia de Sevilla con una cuadrilla de bandidos, nombrados los Berracos, procuraron las justicias de los pueblos perseguirles, a fin de ver cómo los podrían coger, para quitar estas langostas de los caminos, lo cual consiguieron, y puestos en la cárcel de esta ciudad, se les siguió la causa, y sustanciada se les intimó por los señores de la Real Audiencia, el lunes 12 de noviembre de 1798, la sentencia siguiente:

»A Pablo de Reina, natural de Estepa, arrastrado y ahorcado.

»A1 señor don Francisco de Huertas y Eslava, natural de Écija, dado garrote, según la calidad de su persona.

»A N. N. —aristócrata también, y de tal calidad que no se menciona su nombre—, que fuese puesto al pie del suplicio mientras se ejecutaban los dichos castigos, y después, en compañía de Juan Ruiz Vela (alias *Cabeza torcida*), desterrado por diez años a las bombas; en dicho día lunes, metieron en capilla a otros reos que se les había de quitar la vida, y el miércoles 14, a las diez de la mañana, sacaron de la cárcel de los señores a N. N. montado en un burro y lo pusieron al pie de la horca con cuatro soldados de guardia.

»A las once de la mañana sacaron a Pablo de Reina, metido en un serón tirado de un caballo (aunque los hermanos de la Hermandad de la Santa Caridad tuvieron la de llevarlo en sus manos) y acompañado de varios religiosos y personas de gran distinción llegó a la horca, en donde después de ser reconciliado y suplicado lo encomendasen a Dios y su Santísima Madre, y exhortado por religiosos de Nuestro Padre San Francisco, se le quitó la vida.

»A las doce sacaron al señor don Francisco de Huertas y Eslava, con una tunicela de paño negro, sujeta por la cintura con un cordón de seda, y en la cabeza puesto un gorro del mismo color, y en un dedo de la mano izquierda un cintillo; iba subido en una muía, toda enlutada, sin que se le viera más que manos, pies y orejas. Iba escoltado de religiosos carmelitas descalzos y otros varios eclesiásticos, que lo

iban exhortando. De esta manera llegó al tablado que para este efecto estaba construido en la plaza, a la salida de la calle Chicarrereros, a la izquierda, arrimado a los portales, el cual era de dos y media varas de alto, cinco de ancho y seis de largo. Estaba todo cubierto de paño negro hasta arrastrar una cuarta por el suelo. En el medio estaba el palo que tenía el tornillo, todo nuevo, y delante, de cara a la Audiencia, un sillón sin espaldar, también enlutado, así como el palo del tornillo. En la cara que miraba a las Casas Capitulares estaba puesta una escala ancha de ocho pasos, toda enlutada, por la cual había de subir el reo. Al lado opuesto, en la esquina del tablado del lado de los tundidores, estaba otra escala en blanco, de sólo siete pasos, más angosta que la otra, para el uso del verdugo y pregonero. En el suelo, arrimado a las esquinas del tablado, estaban cuatro grandes hacheros negros para, a su tiempo, ponerlos sobre el tablado.

»Luego que llegó el reo lo acompañaron a subir al tablado los religiosos carmelitas descalzos que lo habían acompañado en la capilla; lo sentaron en el sillón, y habiendo el reo levantado las manos, que llevaba atadas, manifestó al verdugo el cintillo que llevaba puesto, el cual se lo sacó el verdugo y se lo puso en su mano; después lo ató al reo de pies y manos al sillón, y en fervorosos actos de amor y dolor entregó su cuello al tornillo y su espíritu al Creador, siendo sentida esta muerte de todo el numeroso concurso que asistió a esta escena.

»Luego que expiró se colocaron los hacheros ya dichos, en los que pusieron hachas de cuatro pábilos, y en cuatro blandones pusieron velas de a dos libras y comenzaron a doblar las campanas del Sagrario, San Francisco y los Terceros.

»A la una y media vino con grande solemnidad un entierro del Sagrario con doce clérigos y la cruz parroquial, y subió al tablado el doctor D. Pedro de Vera y Delgado, canónigo penitenciario de la Santa Iglesia; D. Rafael Brunenque, presbítero, maestro de ceremonias, de ídem; D. Francisco Javier Cutón, ex decano del Colegio de Abogados, y un pasante de dicho señor; y habiendo el verdugo aflojado el tornillo, se retiró y los dichos señores lo desataron, y tendido sobre el tablado le pusieron un hábito de San Francisco, lo metieron en una caja que estaba prevenida desde por la mañana bajo del tablado, lo bajaron entre dos mozos y fue conducido a la capilla de San Antonio de los Portugueses del Compás del Convento de San Francisco, y puesto en medio de dicha capilla se le puso la cera que tuvo sobre el tablado.

»Aquella tarde expusieron los Padres Carmelitas que le asistieron en la capilla, haber encargado el difunto que en su muerte se le vistiese el hábito de su Religión Descalza; por lo que se le mudó de hábito, dejándole el de San Francisco metido en la caja, a un lado del cadáver.»

Los familiares del ahorcado repartieron entre sus amistades ochocientas esquelas, con el siguiente texto:

«B. L. M. Don Gregorio Rosso, capitán de navío, de la Orden de Calatrava; D. Francisco Ignacio Rosso, capitán de fragata, de dicha Orden; D. Francisco Eslava y Conde, regidor perpetuo de la ciudad de Écija, ausentes, y sus amigos el doctor D. Juan Acisclo de Vera y Delgado, presbítero de la Orden de Carlos III, racionero de la Santa Metropolitana y Patriarcal Iglesia de esta ciudad, juez de la Santa Iglesia y vicario general de este Arzobispado; el doctor D. Pedro de Vera y Delgado, canónigo penitenciario de la misma Santa Iglesia, y el doctor D. Francisco Javier Outón, ex decano del Colegio de Abogados de esta ciudad, y les suplican se sirva asistir al funeral de D. Francisco de Huerta y Eslava, primo y sobrino de los nominados ausentes, que se hará en la iglesia de RR. PP. Terceros, a las once en puntó de la mañana del jueves 15 del corriente, a cuyo favor quedarán reconocidos. El entierro sale de la capilla de San Antonio, al compás de San Francisco.»

Dicho testigo presencial no omite ciertas expresiones de respeto para la alcornica del finado, en las que coinciden los jueces que le sentenciaron, los religiosos que le confesaron e incluso el mismo verdugo. El entierro fue suntuosísimo. Asistieron las comunidades de los niños Toribios de la ciudad, la cruz parroquial, cuarenta sacerdotes, el obispo, los caballeros de la ciudad, juez de Iglesia, canónigo penitenciario y abogados. Termina diciendo dicho testigo presencial:

«Fue grande el concurso que acudió a dicho entierro, habiéndose gastado sobre veinte mil reales vellón en el costo del tablado, tornillo, paño para enlutarlo, vestido del reo, costo del verdugo y pregonero, misas y entierro, y demás gastos.»

Estos gastos, incluso el vestido y el sueldo del verdugo, los pagó la familia del reo.

Al día siguiente fuimos a ver la plazuela de Chicarreros y logramos emplazar mentalmente el tablado en la forma que lo describe el señor R. G. de la B. Cuando nos fuimos, pensábamos:

—Por lo general, el bandido de tipo proletario no mataba. Se limitaba a robar. Seguramente no se tenían por ladrones, sino por «expropiadores». Los que mataban eran éstos, los aristócratas. Y robaban con conciencia del robo.

Regreso a Madrid.—Pleito parlamentario entre verdugos.

El regreso fue por el mismo camino que fuimos. Utilizando el trimotor postal de Sevilla a Madrid. Pero ni era posible ya el juego de imaginación con el tiempo, ni la fruición de la velocidad. Después de lo que habíamos visto, sólo se nos ocurría pensar que el avión postal, con sus tres motores y sus recias alas, podría quizá habilitarse para bombardeo algún día. En Madrid encontramos un silencio cuidadoso y precavido. El Parlamento laico estaba disfrutando sus vacaciones de Navidad. Tardó todavía en reunirse quince días, durante los cuales, estas denuncias se hicieron públicas. Al reanudarse las tareas se planteó en el Parlamento tímidamente la cuestión, para dar pretexto a que el Gobierno hablara y tranquilizara la conciencia de los diputados. En cuanto el jefe del Gobierno y el subsecretario de Gobernación expusieron a su manera y de modo fraccionario y contradictorio su visión de los hechos, la Cámara concedió un voto de confianza al Gobierno socialista-republicano.

Naturalmente, el Gobierno lo había negado todo. Pero una fracción de la oposición pidió que se designara una Comisión investigadora. El Gobierno se negó; pero a fuerza de insistir, y en vista del ambiente nacional creado alrededor de los sucesos de Casas Viejas, tuvo que acceder. La Comisión confirmó todas las denuncias. Entonces, el Gobierno declaró que no sabía nada.

Se enzarzaron Gobierno y oposiciones en un pleito en el que éstas lograron no sólo demostrar que el Gobierno estaba enterado, sino que había dado órdenes concretas sobre el caso de los fusilamientos. Los pormenores de los debates no interesan. Era, en definitiva, un pleito entre verdugos, donde se trataba de ventilar si las ejecuciones habían sido realizadas correctamente o no.

He aquí, en pocas líneas, la conducta de la República *socialista* ante los hechos: el Parlamento apoya y justifica al Gobierno, El Gobierno disculpa, rehabilita y defiende a las fuerzas represoras — Guardia civil y de asalto—. Éstas han asesinado a los campesinos hambrientos de Casas Viejas, defendiendo a los terratenientes feudales, monárquicos. La fuerza pública, el Gobierno, el Parlamento y la República *socialista* asesinan á los campesinos de Casas Viejas y confirman su sumisión ante los feudales terratenientes andaluces, qué hasta producirse la tragedia fueron monárquicos y combatieron a la República, y que ahora, agradecidos por la sangrienta represión, ingresan en los partidos republicanos.

Todo el aparato de la falsa democracia republicana se ha puesto en el Parlamento, en el Gobierno civil de Cádiz y en el pueblecito ensangrentado de Casas Viejas, al servicio del señor feudal, latifundista, católico y monárquico.

Entre los comentarios que los diputados de la mayoría ministerial hicieron a la exposición de la tragedia de Casas Viejas, destacó mucho éste:

—¡Sensiblerías y ventajitas!

A la mentalidad de ese diputado corresponde también la frase de aquel guardia de asalto:

—Está asomando la pestaña un manús...

Que se creyó en el caso de disculparse ante el juez con esas palabras antes de disparar sobre un campesino.

Menos mal que los *socialistas* siguen diciendo que ésta es una República democrática regida por intelectuales, y que desarrolla «una alta política». Claro que todo eso es compatible con el contento y la satisfacción con que los terratenientes andaluces monárquicos y feudales se acercan a los partidos

republicanos y a los socialistas «dispuestos a colaborar con entusiasmo». «Ante todo, la Patria», como decía el jefe de los guardias en la plaza de Casas Viejas, antes de dar los tres vítores.

Lo demás, la pugna parlamentaria de los partidos burgueses sobre Casas Viejas, no es sino lo que decíamos antes: una disputa entre verdugos ante los cadáveres calientes aún de sus víctimas.

Madrid, febrero de 1933.